

● Autores y libros

Definir y Perder (La Persona)

Hago cuenta de que estoy loco de remate (¿no lo estare?) y que no entiendo nada de lo que el poeta Eduardo Anguita (1914) escribe en su elegía, canto, salmo o ensalmo "Definición y pérdida de la persona" (Editorial Universitaria, 1988). Según aclara el autor, "este poema (en prosa, a pesar que he adoptado la línea o el verso para destacar algunas ideas y darles cierta autonomía dentro del conjunto; y en verso propiamente, cuando el ritmo nos arrastra en algunos pasajes) comienza como definición, con el reconocimiento que un dios hace del mundo que ha creado, o que podría haber creado hace mucho tiempo... (..) Al final, el poema se plantea como pérdida. Es la libertad de morir y vagar, por fin, después de haber verdaderamente vivido...". No sigo. Ya la explicación es por naturaleza compleja. Anguita ensaya la precognición de un capricho. Se trata de un poema "ciclélico", de una atormentada pretensión de racionalizar lo azaroso, oscuro o inefable. ¿Racionalidad a priori? Se ha dicho que el punto clave de la poética de Anguita reposa en su desollado "intelectualismo"; que sus imágenes fluyen de la mente, que su placer y su murria de la existencia no emanan del corazón. No hay de hecho visceralidad en la expresión de Anguita. Es un poeta de mente, de mente abstracta, obsesada por el ejercicio de cierta búsqueda metafísica. Lo atenaza el proceso de lo demiúrgico. Se estima de veras demiurgo, tomando al pie de la letra el aserto estrictamente "imaginista" (o imaginario) de Huidobro en el sentido de que "el poeta es un pequeño dios". Anguita va más lejos con su conversión en demiurgo. Se observa discursar como dios (no tan pequeño) y como hombre. Ayudado de esta ortopedia cerebral y de un temple muy ganoso en su erotismo, pone en el primer plano del poema la discusión de los misterios orgánicos —digámoslo así— de su "puesto en el cosmos" (¿por qué no argüir mejor los secretos de su "ipseidad"?)

Registremos, por ejemplo, cómo se ausculta el creador sentado:

"Fijémosnos bien: Hay un ser que ovida su cuerpo, una parte de su cuerpo terrestre codiciéndoselo a la silla; esta parte no duerme, se ha entregado a un cuerpo exterior inerte y mucho más dormido en comparación.

El resto del cuerpo de que hablamos está vigilante, presto, incluso vivamente delicado".

Luego, observación de la cabeza:

"Sobre ese cuerpo sentado, imagi-



Eduardo Anguita Cuéllar, Premio Nacional de Literatura 1988.

naos una letra amenazante, hirviendo, dirigida y suspensa/ por un misterioso vístago interior cuyo/ Extremo inferior toca con los alimentos, y cuyo/ Extremo superior sería algo muy claro y con cierta melodía fatal./ Hay una hierba negra sobre esta letra que relampaguea y cuya virtud es poder ATERRORIZAR A LOS SERES INANIMADOS."

Aunque a Eduardo Anguita le repugne, la situación no queda clara del todo. Falta transparencia. Parece habitar en el poeta otro demiurgo encargado de emborronar. ¿Qué significa por de pronto esa "hierba negra sobre esta letra que relampaguea y cuya virtud es poder ATERRORIZAR A LOS SERES INANIMADOS..."? ¿Hay "virtus" en el acto de aterrorizar? ¿Son

aterrorizables los seres inanimados? ¿Por qué no con más propiedad los "seres animados", que son los que sufren los efectos del TERROR? Anguita experimenta con frecuencia el miedo de la palabra vigilada. El espectáculo de la realidad, de la realidad dialógica del hombre, lo sume en el éxtasis de la autocontemplación. Es una forma, según diría Sartre, de deserción con respecto al compromiso radical de la especie. El "tú" y el "yo" de Anguita se juntan sólo en la "voluptuosidad del sexo". El poeta lo reconoce largamente hacia el término de la "definición" y en el comienzo de la "pérdida" de la persona. El erotismo no desmiente en Anguita su levedad visceral. Compruébemos cuán fino es su obstinado arte de amar: "Vacío y sin molde./ Viento querido: léname./ Una hebillita de sangre pugna entre la lana tembale que ningún hombre ha visto./ Mientras la obscuridad de la mujer respira ansiosa de astros./ Yo entro, joven mía, calor mío, en ti, como un llanto en otro llanto./ Astros corren por sílabas./ Animales más mates que./ Horror si estoy en ti, mujer mía, como una llave enjénada dentro de la velocidad./ Tus pechos son las cabezas del dolor debajo de un cielo que yo amaría devorar meciado al/ agua de mi cuerpo./ Tus nuevas liagas me recorren como una madre al fuego..."

Anguita no agota su "clán" poético en estos meandros. Literariamente, se conduce como un semicidal. Pero la "pérdida" (o disolución?) de la persona acocha. Ahí viene, ahí llega. Así: "El Verde inclinado a la dulzura./ El color sufre la alternativa de caer de sí mismo a otra./ La dulzura de lo que no va a ser más./ Desde tantos nunca el cuando conserva./ Ese tiempo que tantas melodías dibuja —con tranquilidad./ El sol, sus manchas que visitaron brevemente nuestras casas./ Mi voz cruzaría —AHORA— el espacio, con tranquilidad./ En medio de ese viento inexplicable que pretendía arrastrarme como a las semillas/ A las planicies del reposo con cara —con tranquilidad./ Sin ninguna tierra que haga florecer ni llave Eduardo Anguita./ Con tranquilidad..."

He aquí la vida. Inexplicable, afanosa y, ulteriormente, tranquila.

Dado que.

Y todo esto lo saca Anguita de su cabeza. Dado que.

No sin asombro.

● Filebo

Definir y perder (la persona) [artículo] Filebo.

AUTORÍA

Sánchez Latorre, Luis, 1925-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1988

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Definir y perder (la persona) [artículo] Filebo. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile